

Lucio Anneo Séneca

De La Providencia



No me imprimas, salva un árbol. ¿Para qué malgastar papel?

Carlos Valencia.
softcv@yahoo.es
<http://es.geocities.com/softcv/>

I.....	3
II.....	5
III.....	7
IV.....	10
V.....	13
VI.....	15

I

DE LA PROVIDENCIA POR QUÉ LOS HOMBRES BUENOS SE VEN PERSEGUIDOS A VECES POR LAS DESGRACIAS, A PESAR DE EXISTIR UNA PROVIDENCIA

¿Pretendes de mí, Lucilo, que te señale las causas por las que suceden tantas desgracias a los hombres buenos, sí es verdad que el mundo es gobernado por la Providencia? Esto se verá con mayor claridad a través del contenido de esta obra, cuando hayamos probado que la Providencia está presente en todas las cosas y que Dios se preocupa de nosotros: pero como quiera que es conveniente separar la parte del todo y resolver una contradicción, dejando totalmente a salvo la disputa, procuraré no hacer difícil la cuestión, inclinándome de parte de los dioses. A la vista de todo cuanto nos rodea, sería una necedad el tratar de demostrar que una obra tan inmensa como es la del Universo, pudiera subsistir sin alguien que la guarde y que este preciso movimiento de los astros en su recorrido no sea consecuencia de un impulso casual, porque todo aquello que se mueve debido a la casualidad, frecuentemente se desbarata y tropieza muy pronto: esta inofensiva velocidad obedece a leyes eternas e inmutables, que rigen tanta variedad de cosas como abarca la inmensidad de la tierra y de los mares y que gobierna tantísimas estrellas con su hermosa claridad, luciendo según está dispuesto: es inútil querer demostrar que este orden tan perfecto de las cosas no puede pertenecer a una materia errante, ni que aquéllas, que tan temerariamente se juntaron, puedan estar colgadas con un arte tan preciso que permita la inmovilidad absoluta de un peso tan enorme como el de la Tierra y que ésta permanezca a la expectativa, presenciando la fuga de todo un cielo que se precipita a su alrededor; presenciando cómo las aguas del mar, hundidas en valles inmensos socavan las tierras, sin sentir aumento alguno por las que reciben de los ríos; contemplando cómo de unas simientes minúsculas nacen árboles enormes. Todo esto sin contar aquellos fenómenos que parecen confusos e inciertos, me refiero a las lluvias y a las nubes, el fulgor de los rayos repentinos y los incendios que brotan en las cumbres abiertas de los montes, los temblores del suelo que se tambalea, y otras muchas cosas que suceden sin razón, aunque sean repentinas, cuando una parte de la naturaleza se mueve tumultuosamente alrededor de la tierra: pero hasta éstas tienen sus causas, no menos aquéllas, que son consideradas milagros en lugares extraños, como son las aguas calientes en medio de los mares y las nuevas islas que de vez en cuando aparecen en la inmensidad de los océanos. Ahora bien, si alguien hubiera observado que las playas se quedan desnudas cuando el piélago se retira sobre sí mismo y que aquéllas vuelven a cubrirse en muy poco tiempo, creerá que las olas se concentran unas veces con cierta inestabilidad ciega y se encierran dentro de sí mismas, para luego saltar alborotadas y en una veloz carrera recobrar su asiento: siendo así que ellas van creciendo en proporción en estos intermedios, y suben o bajan en un mismo día y hora, haciéndose mayores o menores, según las atrae el astro lunar, a cuyo capricho se desborda el Océano. Reservaremos estas cosas para su debido tiempo: más bien, porque tú no dudas de la Providencia, sino que te quejas de ella. Haré que te reconcilies con los dioses, que son los mejores en relación a los más buenos. Y, en efecto, la naturaleza de las cosas nada subre cuando alguna vez las mismas cosas buenas perjudican a éstos. Entre los hombres justos y Dios existe siempre una amistad que les une por medio de la virtud. ¿He dicho amistad? Mucho más todavía: entre ellos y Dios hay una necesidad, una semejanza: porque en verdad,

el hombre bueno tan sólo en el tiempo se diferencia de Dios, es discípulo suyo, imitador y verdadero hijo suyo, a quien aquel padre magnífico, que exige la virtud sin contemplaciones, educa con la máxima dureza, a semejanza de un padre severo. Por tanto, cuando vieres que los varones justos y amados de Dios trabajan y sufren fatigas, y que caminan por senderos difíciles, mientras los malos están siempre contentos y nadan en placeres, piensa que nosotros nos congratulamos con la modestia de nuestros hijos, y cuando nuestros pequeños esclavos nacen inteligentes, observa cómo aquéllos son encauzados en la vida con una disciplina más severa y que éstos crecen cada día más audaces. Lo mismo debes pensar de Dios. A los hombres justos no los tiene rodeados de placeres: los somete a prueba, los endurece y así los va preparando para sí.

§

II

¿Por qué han de sufrir los hombres buenos cosas tan malas? Nada malo puede suceder al hombre bueno; las cosas contrarias no se mezclan. De la misma manera que tantos ríos, tantas lluvias como caen de arriba y toda la fuerza de las aguas que nacen en medio de la tierra no pueden cambiar el sabor de las aguas del mar, ni siquiera tienen poder para atenuarlo; así, el ímpetu de las desgracias humanas tampoco es capaz de hacer girar el ánimo de un varón fuerte. Permanece recto en su forma de pensar y cuanto le sucede lo asimila según su manera de ser. Es más poderoso que todas las cosas que le rodean; y no digo esto: que no las sienta, pero sabe vencerlas; y por otra parte, tranquilo y alegre, se levanta contra todo lo que cae sobre él. Se da cuenta de que todas las contrariedades son pruebas que le manda Dios. ¿Quién, pues, en cuanto llega a ser hombre y se siente predispuesto hacia las buenas costumbres, no apetece un trabajo justo y está pronto a cumplir con su deber, incluso con peligro? ¿A quién, que sea trabajador, no le produce pena el ocio? Vemos a los atletas, que tienen buen cuidado de sus fuerzas, cómo luchan con los más fuertes, exigiendo de éstos, que usen de todas las fuerzas que tengan contra ellos. Soportan las heridas con entereza y hasta que les castiguen ferozmente. Y si no encuentran otros iguales a ellos, se ponen a luchar con muchos al mismo tiempo; la fuerza se va apagando poco a poco sin adversario; se conocerá la fuerza que uno puede tener, todo cuanto uno vale y el poder que tiene, cuando demuestre con su resistencia hasta dónde puede llegar. Has de saber, por consiguiente, que de la misma manera se han de comportar los hombres de bien para no asustarse de las cosas duras y difíciles, y que no se quejen de sus destinos: que consideren como bueno todo cuanto les puede suceder, o lo conviertan en bien. No interesa lo que uno sufre, sino la manera de soportar el dolor personalmente. ¿No te das cuenta de cuán diferente manera son condescendientes los padres, comparándolos con las madres? Aquéllos ordenan a sus hijos que se levanten pronto para comenzar los estudios a su debido tiempo: tampoco les consienten estar ociosos durante los días de fiesta, sacándoles bien el sudor y de vez en cuando las lágrimas; por el contrario, las madres los aprietan contra su pecho y quieren tenerlos siempre en casa bajo su protección; que nunca lloren, que nunca estén tristes y que jamás trabajen... Dios tiene para con los hombres justos el espíritu de un padre y los quiere con entereza; dice: « Sean puestos a prueba con duros trabajos, con sufrimientos y con castigos, para que así adquieran el vigor necesario ». Los animales bien cebados se debilitan en la ociosidad y no se cansan solamente con el trabajo, sino también con el movimiento y hasta con su mismo peso. La felicidad perfecta no sabe soportar golpe alguno; pero después de haber luchado constantemente con todos sus inconvenientes, se endurece con las injurias y no se rinde a ninguno de los males; pero aunque se rindiera, seguiría luchando de rodillas. ¿Te sorprenderías tú, si aquel Dios tan enamorado de los justos, que quiere verlos esforzarse por alcanzar lo mejor y más excelente, les asignase la fortuna como medio de ponerlos a prueba? A mí, en verdad, no me causa sorpresa alguna, si alguna vez a los dioses se ponen en movimiento para ver a los grandes hombres luchando con alguna desgracia. De vez en cuando a nosotros nos causa placer si un joven de espíritu atrevido recibe con su venablo a la fiera que se le echa encima, o cuando sin temor sale al paso del león en su carrera: el espectáculo es tanto más agradable cuanto más honorable es quien lo llevó a efecto. No son estos espectáculos los que pueden atraer la mirada de los dioses, porque son cosas de niños y distracciones de la flaqueza humana. He aquí uno, digno de que Dios ponga en él la atención con todo interés: uno merecedor de estar a la altura de Dios, un varón valeroso dispuesto a luchar con su mala fortuna y mucho mejor si él mismo provocó además la lucha. Quiero decirte, que no veo, qué cosa pueda encontrar Júpiter en la

tierra más hermosa, si quisiera poner en ella su atención, que entretenerse mirando a Catón, deshecho ya su partido más de una vez, cuando se mantenía erguido nada menos que entre las ruinas públicas y decía: « Aunque todas las cosas del imperio hayan venido a parar a la jurisdicción de uno solo, aunque estén guardadas por todas las legiones de la tierra y por todas las escuadras de los mares, lo mismo que si los soldados del César cierran todas las puertas, Catón sabe por dónde escapar: se abrirá un ancho camino hacia la libertad con una mano; este puñal puro y sin mancharse todavía en una guerra civil, por fin cumplirá una misión buena y noble: la libertad que no pudo dar a su patria, se la dará Catón. Comienza ya, Catón, tu obra, tanto tiempo meditada: apártate tú mismo de las miserias humanas. Por fin se han encontrado Petreyo y Juba, y los dos han caído en la lucha hiriéndose mutuamente.

¡Distinguido y fuerte pacto del fatal destino, pero que no conviene a nuestra grandeza! Tan deshonoroso es para Catón pedir la muerte a cualquiera, como la vida » Está claro para mí, que los dioses sintieron una gran alegría, cuando vieron que por fin aquel varón esforzado, acérrimo vengador, se preocupaba de la salvación de sí mismo, y preparaba la huida de los disconformes, incluso hasta cuando expone sus ideas durante la última noche de su vida, mientras clava la espada en su pecho sagrado, mientras esparce sus entrañas y con su propia mano se saca del cuerpo aquella su alma santísima, que no merece mancharse con el hierro. De lo que antecede deduzco que la herida tuvo que ser poco segura y nada eficaz; no fue suficiente para los dioses, inmortales admirar a Catón una sola vez: su virtud no se extinguió rápidamente y se manifestó repetidamente, para darse a conocer en su parte más difícil. Porque la muerte no se inicia con un ánimo tan grande como el que se necesita para volver de nuevo a repetirla. ¿Por qué, pues, los dioses no habían de mirar con agrado a su discípulo, que se les escapaba con un éxito tan claro y memorable? La muerte consagra la memoria de aquellos cuyo fallecimiento lamentan hasta los que les temen.

III

Pero ya te demostraré en el transcurso de mi disertación, cómo aquellas cosas que parecen males, en realidad no lo son. Ahora te digo esto: eso que tú consideras difícil, que tú llamas cruel y abominable, en primer lugar constituye un favor para los mismos a quienes les sucede; además es provechoso para la totalidad de las gentes, para quienes los dioses se interesan con un cuidado mayor que de los particulares; después, a los que quieren que les sucedan estas cosas y no quieren ser merecedores del mal. A éstos he de advertir nuevamente que todas estas cosas están previstas por el destino y que suceden a los buenos precisamente por la misma razón de ser buenos: por ello quiero persuadirte de que nunca te compadezcas de un varón justo; del mismo quizá pueda decirse que es un desgraciado, pero él no lo puede ser de ninguna manera. De todas las sugerencias que te hice, la más difícil parece ser la que te propuse en primer lugar, o sea: cuando afirmo que todas las desgracias que aborrecemos y tememos son favorables a quienes les suceden. Dirás: «¿Es favorable para ellos mismos ser arrojados al destierro, ser reducidos a la indigencia, que mueran y sean enterrados la mujer y los hijos, que se les llene de ignominia y el verse debilitados?» Si te extraña que esto pueda ser favorable para alguien, igualmente ha de extrañarte que algunos se curen por el hambre y la sed. Pero si lo piensas con detenimiento, te persuadirás que para muchos la causa de su curación radica precisamente en que les raspen los huesos y se los quiten, en que les extraigan las venas y les corten ciertos miembros, que no podrían conservarse sin perjuicio de todo su cuerpo. También has de consentir que te sea probado esto: que ciertas incomodidades revierten a favor de aquellos a quienes les suceden es tan verdad, a fe mía, como igualmente es cierto que muchas cosas de las que se alaban y se apetecen, se revuelven contra los mismos a quienes deleitaron; son muy semejantes a las indigestiones, a las borracheras, y demás placeres, que matan deleitando. Entre las muchas cosas magníficas que tenía nuestro Demetrio, está la siguiente sentencia, de la cual me acuerdo perfectamente: todavía suena y vibra en mis oídos. Dice: «Nadie me parece más desdichado, que aquel a quien jamás le sucedió nada adverso. » Porque a éste no le fue permitido ponerse a prueba. Como quiera que todas las cosas le resultaron conforme a sus deseos y como de casualidad, difícilmente los dioses pudieron juzgarle; fue sentenciado indigno de que alguna vez pudiera vencer a la fortuna, porque esta rehúye a cualquiera que considere cobarde, como si dijera: ¿Por qué tengo yo que buscar un adversario como éste? Inmediatamente rendirá las armas; no es necesario emplear contra él todo mi poder; caerá a la más ligera amenaza, no puede ni sostener la mirada mía. He de buscar otro enemigo entre los que me rodean, con el cual podamos cambiar algunos golpes: es vergonzoso reñir con un hombre dispuesto a dejarse vencer. El gladiador considera una ignominia ponerse a luchar con otro inferior a él y sabe que uno vence sin gloria, cuando al otro se le derrota sin peligro. Lo mismo hace la fortuna; busca para sí a los más fuertes y que se le puedan comparar en fortaleza, y a los otros los abandona con fastidio. Se pone a luchar con cualquiera que sea de temperamento vigoroso y recto, contra el que pueda demostrar y lanzar su fuerza. Se puede experimentar el fuego en Mucio, la pobreza en Fabricio, el destierro en Rutilio, los tormentos en Régulo, el veneno en Sócrates y la muerte en Catón. No se encuentra ejemplo alguno que sea grandioso en el que no haya intervenido la mala fortuna. ¿Puede considerarse desgraciado a Mucio, porque hubo de hundir su mano derecha en el fuego enemigo, sufriendo así su error en su propia carne? ¿O bien porque logró poner en fuga al rey con su mano quemada, cuando no pudo hacerlo teniéndola sana? ¿Qué dices a esto? ¿Habría sido más afortunado si se hubiera calentado la mano en el pecho de su amiga? ¿Por ventura es desgraciado Fabricio, porque cavó sus

campos, cuando se veía libre de las obligaciones para con la república? ¿O bien porque hizo la guerra indistintamente a Pirro y a las riquezas? ¿O crees que no fue feliz porque aquel anciano triunfador cenaba sentado junto al fuego de su hogar aquellas mismas raíces y hierbas, que él arrancó en sus tierras? Así, pues, ¿qué me contestas? ¿Habría sido más dichoso si hubiera reunido dentro de su vientre los peces sacados en lejanas playas y las piezas tomadas en las cacerías por tierras extrañas? ¿O le considerarías más feliz, si hubiera despertado el apetito de su estómago lleno de náuseas, con las ostras del mar Superior o Inferior? ¿Sería más dichoso, si hubiera guarnecido con montañas de fruta de primera clase, aquellas fieras capturadas con grandes estragos entre los cazadores? ¿Es infeliz Rutilio porque los que le castigaron sufran el oprobio durante todos los siglos? ¿O bien porque consintió ser arrancado de su patria con un espíritu tranquilo, antes de que se le perdonara el destierro? ¿Crees que no fue feliz, por haber sido solamente el quien se atrevió a negar algo al dictador Sila y revocada la orden de destierro no sólo no retrocedió un paso, sino que huyó más lejos? « Que aprendan aquéllos - dijo- a quienes tu felicidad tiene presos en Roma. Que sigan contemplando largos ríos de sangre en el foro y sobre el lago Servilio, (1) que vean las cabezas de los senadores, que vean la multitud de asesinos que andan errantes a cada paso por la ciudad: y los muchos miles de ciudadanos romanos sacrificados en un mismo lugar, después de haber prestado fidelidad, mejor dicho, precisamente por aquella misma fidelidad. ¡Que vean esas cosas los que no pueden soportar el destierro!» ¿Qué te parecen a ti, pues, todas estas cosas? ¿Crees tú que L. Sila se siente feliz cuando baja al Foro y le abren camino con las espadas, o porque consiente que las cabezas de los varones consulares sean expuestas públicamente y porque permite a los cuestores poner el precio de cada muerte en las tablas públicas? ¡Y todas estas cosas las hace aquel que promulgó la ley Cornelia! Hablemos ahora de Régulo: ¿Por qué le castiga la fortuna, cuando fue él quien hizo aquel documento de fidelidad, documento que es un ejemplo de paciencia? Su piel se ve agujereada por los clavos y dondequiera que recline su cuerpo fatigado, lo pone sobre una herida y sus ojos están abiertos en perpetuo desvelo. Cuantos más tormentos sufra, mayor será su gloria. ¿Quieres saber qué poco le importa valorar su virtud a tan alto precio? Puedes curarlo y dile que vuelva al senado: verás que sigue manteniendo el mismo parecer. ¿Piensas tú, de verdad, que era más dichoso Mecenas, a quien hambriento siempre de amores y sufriendo diariamente los desprecios de su caprichosa mujer, se le buscaba el sueño por medio de conciertos sinfónicos, que se oían suavemente en la lejanía? Por más que se adormezca con vino puro y se sienta arrullado por el murmullo de las aguas, por más que trate de engañar los deseos de su imaginación con toda clase de placeres, estará tan desvelado en una cama de plumas, como Régulo en medio de sus tormentos. Pero para aquél será un consuelo sufrir lo más duro por una causa justa y olvida sus tortura en consideración a las causas que las motivan; por el contrario a éste, desfallecido por los placeres y buscando siempre la más pequeña felicidad, la causa por la que padece le atormenta mucho más que todo aquello que sufre. Los vicios no han llegado a posesionarse del género humano hasta tal punto que nos quede la duda de que, si se nos diese opción para elegir nuestro destino, muchos desearían nacer Régulos, antes que Mecenas. Y si alguien hubiere que se atreva a decir que él hubiera preferido nacer Mecenas, mejor que haber nacido Régulo, éste mismo, aunque se calle, prefirió seguramente nacer como nació nuestro Terencio. ¿Crees que Sócrates no supo lo que se hacía, cuando bebió con avidez aquella poción mezclada en público, tomándola como remedio de la inmortalidad y disertando sobre la muerte mientras moría? ¿Piensas que se puede hablar mal de él, porque se le heló la sangre, cuando el vigor de las venas se le iba paralizando poco a poco a causa de la frialdad provocada por la bebida? ¿Cuánto más merece éste ser envidiado, que aquellos a quienes se les sirve la bebida en copas preciosas y a quienes un experto que, envejecido después de haber pasado por todo, de una virilidad dudosa o suprimida, les deshace la nieve conservada en recipientes de oro? Éstos, tan pronto como beben algo, lo devuelven con tristeza, vomitando,

y les queda el regusto de su propia bilis; por el contrario, el otro, se tragará el veneno alegre y complacido. Por lo que respecta a Catón, hemos dicho ya lo suficiente; que él alcanzó la suprema felicidad se prueba por el asentimiento unánime de todos los hombres; la naturaleza lo eligió entre todos para con él, romper con el miedo a la fortuna. « ¿Que son graves las enemistades con los poderosos? Opóngase al mismo tiempo a Pompeyo, César y Craso. ¿Que resulta enojoso ser suplantado en los honores por rivales sin merecimientos para ello? Que se coloquen detrás de Vatinio. ¿Que es terrible intervenir en guerras civiles? Él luchará en todo el orbe de la tierra por una causa justa tan desgraciada, como intrépidamente. ¿Es grave atentar contra la propia vida? Hágase. ¿Qué conseguiré por medio de esto? Que todos sepan que no son las cosas aquellas por las cuales yo consideré a Catón un hombre digno. »

§

IV

A las gentes de la plebe y a los ingenios apocados les llegan siempre las cosas prósperas; pero corresponde a los grandes hombre doblegar bajo el yugo y vencer todas las calamidades y terrores de los mortales. El vivir siempre felices y pasar toda una vida sin remordimientos del alma es como ignorar el otro aspecto de la naturaleza. Grande es el hombre; pero ¿cómo lo sé, si la fortuna no le da ocasión para que demuestre su virtud? Bajate a luchar en los juegos olímpicos: si te encuentras con que no hay nadie, excepción hecha de ti, obtendrás la corona, pero no alcanzarás la victoria. No te felicito como felicitaría a un varón fuerte, sino que te felicito como a quien logró alcanzar el consulado y la pretura: has aumentado en honores. Y lo mismo puedo decir de cualquier varón bueno, si la casualidad no le dio una ocasión más difícil para que pudiera demostrar aquella única vez el temple de su alma. Considero una desgracia para ti el que jamás fuiste desgraciado; transcurrió tu vida sin adversario. Nadie sabrá nunca hasta dónde habrías podido llegar: ni tú mismo lo conocerás, en verdad. Para tener noticia de lo que uno vale, es necesario haberse visto sometido a prueba: lo que cada cual pueda alcanzar, nadie lo sabe sino probando. Y así, muchos, cuando cesan las desgracias, se ofrecieron a ellas espontáneamente y a la virtud, que habría de permanecer en la oscuridad, le buscaban una ocasión propicia, por medio de la cual pueda darse a conocer. Además he de manifestarte que los grandes hombres gozan muchas veces con las desgracias en la adversidad, de la misma manera que los soldados valientes gozan en la guerra. He oído quejarse a un gladiador de las pocas mercedes que se concedían en los tiempos de Julio César, diciendo: «¡Qué bella edad se pierde!» El valor busca ávidamente los peligros y piensa siempre hacia dónde se puede dirigir: jamás en lo que puede sufrir, porque precisamente en lo que ha de padecer está la parte de la gloria que le corresponde. Los militares valientes se glorían de sus heridas y alegres hacen ostentación de la sangre derramada por una causa mejor. Aunque hagan lo mismo los que regresan indemnes de los campamentos, siempre se respeta más a quien vuelve herido. Te vuelvo a repetir que Dios se preocupa más de aquellos que desea alcancen la perfección suma, cuantas veces les depara ocasión para hacer algo con ánimo y esfuerzo verdaderos: para lo cual es necesario que haya alguna dificultad en las cosas. Conocerás al piloto de una nave en medio de la tempestad y al militar en el campo de batalla ¿Cómo puedo saber el ánimo que tú tienes contra la pobreza, si estás nadando en riquezas? ¿Cómo puedo saber la entereza que tienes contra la ignominia, contra la infamia y contra el odio del pueblo, si has envejecido entre aplausos y siempre te ves acompañado por el favor inexpugnable de las gentes, dispuestas hacia ti por cierta inclinación de sus espíritus? ¿Cómo sé yo la manera de comportarte, ni la entereza que puedes demostrar cuando pierdes un ser querido, si continúas viendo a todos los que tuviste? Quisiera oírte consolando a otros: entonces comprendería si tú mismo eres capaz de consolarte y si podías apartar de ti el dolor. ¡No queráis, os lo ruego, alejar aquellas cosas, que los dioses inmortales proporcionan a las almas como si fueran un estímulo para ellas! Las calamidades son la mejor ocasión para la virtud. Cualquiera podría llamar con razón desgraciados a quienes se embotan con una felicidad excesiva y permanecen estancados en una tranquilidad insípida, como si se encontraran en un mar en calma. Cualquier cosa que les suceda, les vendrá como nueva: la adversidad aprieta mucho más a los que carecen de experiencia; el yugo pesa mucho sobre una cerviz tierna. El soldado bisoño palidece tan sólo ante la sospecha de que puede ser herido: por el contrario, el soldado veterano mira su sangre con valentía, porque sabe que muchas veces ha vencido después de haberla derramado. Así, pues, Dios fortalece, examina y obliga a ejercitarse a todos aquellos a quienes pone a prueba, y de esta forma les demuestra su

amor; por el contrario, a quienes parece perdonar y se compadece de ellos, los deja indefensos contra las desgracias que les pueden sobrevenir. Os equivocáis, por tanto, cuando pensáis, que alguien puede quedar exceptuado: caerá sobre aquel a quien habéis visto feliz durante mucho tiempo, su parte de desgracia. Quien parece haber sido olvidado, en realidad lo que sucede con él es que sus males han sido aplazados. ¿Por qué Dios proporciona mala salud u otras incomodidades a quien siempre parece ser el mejor? ¿Por qué también, en el combate, las empresas más peligrosas se les encomiendan a los más fuertes? El general envía a los soldados más escogidos para que ataquen a los enemigos durante la noche y hacerles caer en emboscadas, o para que exploren los avances de las tropas y los desalojen de sus posiciones. Ninguno de los que salieron para explorar los caminos dice nunca: «Nada bueno espera de mí el jefe: antes, al contrario, pensará que ha sabido escoger bien.» Lo mismo dirán a los cobardes e inútiles aquellos que se ven obligados a soportar calamidades: «Hemos sido encontrados dignos de Dios; en nosotros se pone a prueba cuanto la naturaleza humana puede sufrir.» Huid de los placeres; huid de la felicidad que enerva y con la cual se afemina el espíritu; a no ser que se interponga algo que nos advierta de la suerte humana, permanecemos como si estuviésemos sumidos en una embriaguez perpetua. A quien siempre se vio protegido contra los vientos por las ventanas de su casa y cuyos pies se calentaron entre fomentos, que le cambiaban constantemente, a quien estaba acostumbrado al calor de su cenáculo, que subía del suelo y rodeaba las paredes, a éste, una suave brisa que le roce le será fatal. Aun cuando todas las cosas que se salen de su cauce sean nocivas, el exceso de felicidad es lo más peligroso. Perturba el cerebro, trae a la mente vanas ilusiones y produce mucha oscuridad, haciéndonos dudar entre lo verdadero y lo falso. ¿Por qué no ha de ser mejor mantenernos siempre en una perpetua infelicidad, que nos lleva a la virtud, antes que reventar con infinitos y desmesurados bienes? La muerte es más suave con el ayuno: con la indigestión estallan quienes la sufren. Los dioses siguen con los hombres de bien la misma norma que los preceptores con los discípulos: que hacen trabajar mucho más a los alumnos de quienes esperan un mayor rendimiento. ¿Por ventura crees tú que los lacedemonios quieren mal a sus hijos, porque ponen a prueba públicamente su temple en los azotes que les aplican? Los mismos padres piden con insistencia a sus hijos que soporten con entereza los golpes del látigo y ruegan a los que sufren el castigo semiinconscientes, que aguanten recibir nuevas heridas sobre las ya inferidas. ¿Qué tiene de extraordinario, si Dios prueba con dureza los espíritus generosos? Nunca el de la virtud es un ejemplo blando. Que nos azota y nos hiere la fortuna: ¡suframos con paciencia! No es crueldad, ni ensañamiento: es una prueba; cuantas más veces vayamos a la lucha más fuertes nos haremos. La parte más curtida de nuestro cuerpo es aquella que más frecuentemente se ejercita con el uso. Hemos de prestar oído a la fortuna, para que nos endurezcamos contra ella con los medios que pone a nuestra disposición. Poco a poco nos irá haciendo iguales a ella. La frecuencia de ponernos ante peligros, hará que los despreciemos. Por esa razón se endurecen los cuerpos de los marineros soportando el mar y lo mismo pasa con los agricultores, a quienes se les encallecen las manos; los soldados hace fuertes sus brazos para lanzar los dardos; los corredores cuidan de sus piernas para tenerlas más ágiles. Aquello que más se ha ejercitado, es también lo que se convierte en la parte más fuerte de nuestro cuerpo. El alma, a fuerza de sufrir con paciencia las adversidades, llega hasta despreciar el poder de los males: lo que puede influir ésta en nosotros lo sabrás si te das cuenta de cuánto les sirve su trabajo a esas naciones pobres y que con su paciencia se hacen más fuertes que su misma pobreza. Observa todos los pueblos en los que termina la paza de Roma: me refiero a los germanos y a todo lo que atañe a esas tribus vagabundas, que se mueven a los largo del Ister. Se sienten oprimidos por un invierno perpetuo y por un cielo triste; un suelo estéril malamente les alimenta, se defienden contra las lluvias con techos de paja o follaje, saltan sobre los estanques endurecidos por los hielos y cazan fieras para alimentarse. ¿Te parecen desgraciados? Nada hay desgraciado cuando la

costumbre lo ha hecho natural; poco a poco, pues, sirven de placer aquellas cosas que comenzaron por una necesidad. Estas naciones no tienen domicilio alguno, ni otra clase de refugio, sino el que les proporciona su cansancio de cada día; su comida es despreciable y ésta se la han de buscar con sus propias manos; la inclemencia del cielo es terrible y sus cuerpos no tienen con qué cubrirse: esto que para ti constituye una calamidad, para tantas gentes supone la vida. ¿Por qué te admiras cuando los hombres justos son castigados, si esto se hace para que se fortifiquen? El árbol no se hace sólido, ni fuerte, a no ser que un viento continuo choque contra él: pues con el mismo choque se sujeta y fija sus raíces con mayor seguridad. Débiles son aquellos árboles que han crecido en valles abrigados. Por tanto, redundan en favor de los mismos varones buenos, para que puedan llegar a la muerte tranquilos, vivir habitualmente entre tormentos y soportar con resignado ánimo las desgracias, que no son malas, sino para quien las sufre de mala manera.

§

V

Añade ahora lo que para todos es la parte más hermosa de la vida, por así decirlo: luchar y poner muy alto los actos de cada uno. Para Dios éste es su propósito: demostrar a los hombres inteligentes que todo aquello que apetece la plebe, o que teme, ni es bueno, ni malo: podrá aparecer tal vez bueno, si aquellas cosas se otorgan únicamente a los varones justos; y parecerá que son malas si tan sólo las diese a los perversos. Sería detestable la ceguera si nadie hubiera perdido los ojos, sino aquel a quien fuese necesario sacárselos. Por tanto, que se sientan privados de la vista Apio y Metelo. Las riquezas no son un bien. Así, pues, que las tenga incluso Elio el leno, para que cuando los hombres consagren su dinero en los templos se percaten de que puede encontrarse hasta en los burdeles. De ninguna manera mejor puede Dios desacreditar las cosas deseables que concediéndoselas a quien menos las merecen y quitándoselas a los mejores. «Pero -podrás tú objetar- es una injusticia que las personas decentes se debiliten, se hundan y se vean encadenadas; que los malos anden sueltos y mimados sin que sean castigados sus cuerpos.» ¿Quieres algo más? ¿No resulta injusto que tomen las armas los varones fuertes y que pasen la noche en los campamentos, permaneciendo allí con sus heridas vendadas por defender los parapetos: y mientras tanto se quedan en la ciudad, seguros, los castrados y los que tienen como profesión la deshonestidad? ¿Algo más? ¿No es injusto que las nobilísimas vírgenes sean despertadas por las noches para ofrecer sacrificios, cuando las perversas disfrutan de un sueño profundo? El trabajo llama a los buenos. El senado está de consultas muchas veces durante todo un día, mientras cualquiera de los más despreciables, durante ese mismo tiempo, se divierte, descansando en el campo, o se esconde en una taberna, o pierde el tiempo en alguna reunión. Lo mismo se hace en esta gran república: los hombres honrados trabajan, se sacrifican, están ocupados y, en realidad, por voluntad propia: no se dejan arrastrar por la fortuna, sino que la acompañan y se acomodan a su paso; si se dieran cuenta de sus intenciones se adelantarían a ella. También recuerdo haber oído esta opinión valiente de Demetrio, varón incorruptible: «Únicamente esto -decía- puedo echaros en cara a vosotros, oh dioses inmortales: que no me hayáis dado a conocer antes vuestra voluntad. Haría ya mucho tiempo que hubiera llegado a esta conclusión, para la cual me siento dispuesto. ¿Queréis quitarme los hijos? Bajo vuestra protección los coloqué. ¿Queréis alguna parte de mi cuerpo? Tomadla. No tengo que hacer un gran esfuerzo; muy pronto he de abandonarlo todo. ¿Queréis mi alma? ¿Por qué no? No haré resistencia alguna, ya que solamente recibiréis aquello que vosotros me disteis; os daré con la mejor voluntad, cualquier cosa que vosotros me pidáis. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Preferiría ser yo el que ofreciera, antes que verme obligado a dar lo que se me exige. ¿Qué necesidad había para que me quitéis las cosas? Pudisteis recibirlas sin violencia. Pero, en verdad, ni aun ahora me las podéis quitar, porque nada se quita a nadie, sino a quien trata de ofrecer una resistencia. A nada se me obliga, nada sufro en contra de mi voluntad y ni siquiera sirvo a Dios con esto, sino que me conformo. Tanto más ciertamente, porque sé que todas las cosas suceden obedeciendo a una ley inmutable y segura, dictada desde la eternidad.» Los hados nos guían, y cuanto a uno le queda por hacer está previsto desde la hora primera de su nacimiento. Una causa procede de otra causa y una larga concatenación de ellas rige la vida privada y pública de los hombres. Por tanto, hemos de soportar todo con entereza, porque nada sucede por casualidad, como pensamos, sino que todo llega a su debido tiempo, porque tenía que llegar. Desde mucho tiempo atrás está acordado cuándo hemos de estar alegres y cuándo hemos de llorar: y aunque parezca que la vida se distingue en cada uno por su gran variedad, al final todo se reduce a lo mismo: aceptamos que hemos de morir. ¿Por qué, pues,

nos indignamos? ¿De qué nos quejamos? Para esto hemos nacido. Que la naturaleza haga uso de los cuerpos que le pertenecen de la manera que crea oportuno: nosotros, alegres con todo y sin miedo, debemos pensar que nada desaparece de nuestra propiedad. ¿Qué debe hacer el varón justo? Resignarse con su destino. Grande consuelo es el ser arrastrado con el universo. Cualquiera que sea la causa que nos obliga a vivir así y así morir, por la misma razón y necesidad liga incluso a los dioses; las cosas humanas y divinas siguen un mismo curso, igualmente irrevocable. El mismo creador de todas las cosas y que las gobierna, fue quien en verdad señaló el destino, una sola vez lo ordenó, y en todo momento se somete a él. Sin embargo, ¿por qué fue Dios tan injusto en la distribución del destino, asignando a los hombres honrados la pobreza, las heridas y las amarguras de la muerte? El artífice no puede cambiar la materia: ésta debe resignarse. Muchas cosas no pueden ser separadas de otras, forman un todo orgánico y son indivisibles. Los espíritus enervados y que se precipitan al suelo, o a un sopor muy parecido al sueño, están compuestos por elementos inactivos: para formar un hombre que se pueda decir extraordinario se necesita un destino más fuerte. El camino que ha de recorrer no le será fácil: conviene que vaya hacia arriba y hacia abajo, que fluctúe y gobierne el navío en medio de terribles tormentas; ha de saber que el camino a recorrer lo hará contra la fortuna. Le sucederán cosas muy duras y ásperas, pero él mismo será quien deba suavizarlas y allanarlas. El fuego pone a prueba la resistencia del oro, y la desgracia, el valor de los hombres. Observa la altura a la que debe llegar la virtud: sabrás entonces que él no puede caminar de ninguna manera por caminos seguros y llanos. «La primera parte del camino es difícil y por ella, al amanecer, los caballos descansados apenas si encuentran dificultad para subir; en medio de los cielos la cuesta alcanza alturas infinitas. Desde allí, a mí mismo me causa temor muchas veces asomarme al mar y a la tierra y mi pecho tiembla, poseído de un terror espantoso. El último trozo del camino es ya cuesta abajo y necesita de cierta moderación. Es entonces cuando la misma Tétis, que me está esperando bajo las aguas de su reino, teme que caiga en el precipicio» (2). Tan pronto como hubo escuchado esto aquel joven valiente, dijo: «Me agrada el camino; subo: aunque haya de caer, me importa mucho recorrer este camino.» Y no permitió que su espíritu impetuoso temblase de miedo. «Y para que tengas seguridad de que has acertado con el camino y no te dejes engañar por error alguno, te advierto, sin embargo, que has de pasar por los cuernos del toro que tienes enfrente y por los arcos Hemonios y por la boca del León furioso.» Después de oídas estas advertencias, le dijo lo siguiente: «Prepara inmediatamente las carrozas que has ofrecido; con estas cosas, que tú piensas, me han de asustar, se acrecienta mi estímulo; allí me place presentarme, en donde el mismo Febo está temblando: es propio de un espíritu apocado y tímido seguir los caminos seguros; la virtud anda por los más difíciles.»

VI

Sin embargo, ¿por qué consiente Dios que se les haga cualquier mal a las gentes de bien? Verdaderamente Él no lo permite. Aparta de ellos todos los males, los crímenes y las acciones vergonzosas, los malos pensamientos, los deseos ambiciosos, la pasión desenfrenada y la avaricia, que amenaza los bienes ajenos: vela por ellos mismos y los protege. ¿Por ventura alguien exigirá también de Dios que se convierta en guardián, incluso de las impedimentas de los hombres honrados? Ellos mismos le quitan a Dios esta preocupación: desprecian las cosas externas. Demócrito tiró sus riquezas, estimando que constituían una carga pesada para un espíritu recto; por consiguiente, ¿por qué te asombras cuando Dios permite que esto le suceda al bueno, si ese mismo justo varón se empeña algunas veces en que le suceda lo mismo? Dirás: «Las gentes de bien pierden a sus hijos.» ¿Por qué no, si ellos mismos los matan en algunas ocasiones? «Son enviados al destierro.» ¿Por qué no, cuando algunas veces ellos mismos abandonan su misma patria para no volver a ella jamás? «Son asesinados.» ¿Y qué importa, si ellos mismos se suicidan en algunas ocasiones? ¿Por qué han de sufrir algunos males tan duros? Para enseñar a otros a que los sufran: han nacido para ejemplo de los demás. Piensa igualmente que dice Dios: ¿Qué es lo que tenéis contra Mí, vosotros, a quienes siempre agradó la virtud, para que os quejéis de Mí? A otros he rodeado de bienes falsos y engañé sus mentes vacías, como ilusionadas en un sueño profundo y falaz; les proporcioné oro, plata y marfil; pero nada bueno hay dentro de ellos. Estos a quienes miráis como si fueran felices, si los examináis no por las cosas que les rodean, sino por las que no se ven, os daréis cuenta de que son unos desgraciados, unos asquerosos, unos miserables, adornados por fuera de semejanza de las paredes de sus palacios. No es ésta una felicidad sólida y sincera: es superficial y, en verdad, que muy débil. Y así, mientras se les permite continuar en su felicidad y hacer ostentación de su dicha a su capricho, brillan y se imponen: pero en cuanto les sucede algo que los perturbe y les haga descubrirse, entonces se ve cuánto de profunda y verdadera hediondez esconde aquel resplandor ajeno. A vosotros os he dado unos bienes seguros, estables: cuanto más vueltas le deis y los examinéis por todas partes, mayores y mejores los habéis de encontrar. Os he enseñado a despreciar todo aquello que se puede temer y a sentir aversión por lo que se puede desear: no brilláis por fuera; vuestros bienes han sido dirigidos hacia dentro de vosotros mismos. Por eso el mundo despreció todo lo exterior, contento con el espectáculo que se le ofrece con su belleza. He colocado dentro de vosotros todo bien: en no necesitar la felicidad consiste vuestra dicha. Pero seguirás pensando: ¡suceden cosas muy tristes, horrendas, difíciles de soportar! Porque no podía libraros de ellas, robustecí vuestros ánimos contra todo. Sufrid con entereza; esto es en lo que aventajáis a Dios; Él está exento de sufrir males, vosotros os encontráis por encima del sufrimiento. Despreciad la pobreza: nadie vive tan pobre como ha nacido. Despreciad el dolor: o se termina con él, o de lo contrario él terminará con vosotros. Despreciad la fortuna: ninguna clase de armas le di que pudieran dañar vuestras almas. Despreciad la muerte: ésta o acaba con vosotros o bien os transforma. Ante todo he procurado que nadie os pueda retener a la fuerza; la salida queda abierta. Si no queréis luchar, os está permitido huir; por consiguiente, de todas las cosas que juzgué necesarias para vosotros, nada hice más fácil que el morir. Puse vuestras almas en un lugar inclinado; fácilmente pueden ser arrastradas. Meditad un poco y veréis qué corto es el camino hacia la libertad y qué despejado se encuentra. No impuse un retraso tan largo a los que se quieren marchar de esta vida, como lo puse para los que quieren entrar: de otra suerte, la fortuna hubiera tenido sobre vosotros un gran poder, si el hombre tuviera que esperar tanto tiempo para morir como para nacer. En todo tiempo y en todo lugar

debéis saber cuán fácil sea renunciar a vuestra naturaleza y rechazar sus dones. Aprended a morir, mientras se ruega por la vida ante los mismos altares, entre los ritos solemnes de los que ofrecen sacrificios. Los cuerpos más fuertes de los toros caen fulminados con una herida muy corta, y un golpe de la mano del hombre es suficiente para derribar los animales de fuerzas extraordinarias: con la punta de un hierro pequeño se rompe la nuca de la cerviz; y cuando ha sido cortada aquella articulación que une la cabeza con el cuello, se desploma aquella mole tan grande. La vida no se encuentra escondida tan profundamente, que no pueda ser arrancada, incluso por un hierro pequeño; no es necesario poner al descubierto las entrañas con una herida que llegue muy honda: la muerte se encuentra más cerca de la piel. No he destinado un lugar determinado para sestar esta clase de golpes; por cualquier lado es accesible el camino. Aquellos momentos que llamáis de la muerte, en los que las almas se separan de los cuerpos, son tan breves, que resultan como si apenas pudiera sentirse tanta velocidad. Lo mismo da que un nudo apriete la garganta, como que el agua cierre el camino a la respiración; o bien que la dureza del suelo rompa la cabeza de los que al caer chocan contra él; o que un fuego abrasador en el interior cierre el camino al aire que quiere nuevamente volver a entrar: cualquier cosa que sea, todo va rápido. ¿Por qué, pues, os avergonzáis? ¿Será posible que temáis durante tanto tiempo lo que se hace en unos instantes?

Fin de «LA PROVIDENCIA»

No me imprimas, salva un árbol. ¿Para qué malgastar papel?

Carlos Valencia.
softcv@yahoo.es
<http://es.geocities.com/softcv/>